

La filosofía en España

MANUEL GARCÍA MORENTE

(1886-1942)

Texto taquigráfico de la conferencia pronunciada por el autor en el Club Español de Buenos Aires el día 21 de octubre de 1934

Señoras y señores:

Es para mí un honor grandísimo, al mismo tiempo que una dulce emoción, el dirigir la palabra en esta casa de España por última vez, ya que mi paso por la República Argentina ha sido desgraciadamente tan breve que no ha podido serlo más. Es un honor y es un gran placer, porque el hecho de estar entre vosotros, de estar entre españoles, y el hecho de dirigiros la palabra sobre el tema «La filosofía en España» parece como que ya en cierto modo me acerca de nuevo a mi patria, adonde voy —no lo oculto— lleno de ansiedad, lleno de preocupación, y, por lo mismo, con una impaciencia que todos los que aman a su país comprenderán que en estos momentos aliente en mi pecho.

Me alegra tanto más el hablar ahora de la filosofía en España cuanto que tengo la satisfacción de poder dar una nota optimista, una nota de entusiasmo y de fe en el porvenir de España. Sin duda, si se consulta la historia de los esfuerzos españoles en todo orden, no es fácil encontrar en el pasado ninguna figura filosófica de las que pudiéramos llamar de máximo calibre. No tenemos en nuestra historia un Platón, un Aristóteles, un Descartes, un Kant. En vano se ha intentado por beneméritos eruditos españoles, como, por ejemplo, el que fue mi compañero en la Universidad, don Adolfo Bonilla San Martín, hacer una historia de la filosofía española. El intento es vano. No puede llevarse a cabo, no ya porque es difícil encontrar la filosofía española netamente tal, sino porque la filosofía no es de ningún país: no hay una filosofía española, como no hay una filosofía inglesa, una filosofía alemana ni una filosofía francesa. Hay la filosofía. La filosofía no tiene patria. Es un

equivoco lamentable el de poner al sustantivo filosofía el adjetivo nacional. Equívoco lamentable, porque la filosofía es precisamente lo contrario del particularismo nacional, es universal. Si la filosofía fuese eso no sería filosofía. No puede en modo alguno la filosofía adscribirse en sus problemas, en sus soluciones, a una raza ni a un pueblo determinado, y todo hombre que hable en nombre de un pueblo o de una raza determinada, con una intención ideológica netamente nacionalista, podrá ser todo lo genial y talentado que se quiera, pero no hace obra de filósofo. Solamente alzándose por encima de las divisiones contingentes, accidentales, que separan a las razas y a los pueblos, solamente tomando los problemas desde el ángulo que ofrezca la máxima universalidad, solamente así se hace obra de filósofo. No hay, pues, filosofía española, como no hay filosofía alemana ni francesa.

Sin embargo, es corriente oír hablar de filosofía en ese sentido nacional. Digo que hay aquí un equivoco, porque lo que se quiere decir no es que exista una filosofía alemana, sino que los alemanes han contribuido en aportaciones más o menos importantes a la filosofía en general, que los franceses también han contribuido a esa filosofía en general. De suerte que podría significar la filosofía española la contribución que España haya dado a la filosofía en general. En ese exclusivo sentido podría hablarse de filosofía española. Y también en este sentido es preciso convenir que en el pasado histórico de nuestro país las contribuciones a la labor filosófica universal son escasas, no tienen la importancia, la envergadura que tienen las contribuciones alemanas, francesas o inglesas.

Sin duda, en la Edad Media, en la época más internacionalista que ha conocido la historia, en donde las diferencias entre los países y los idiomas vernáculos estaban borradas por el uso uniforme del latín en las ciencias y en la filosofía, las contribuciones de España a la filosofía son muy importantes, son muy interesantes. Bastará recordar la abundancia de teólogos que España ha dado, bastará recordar el nombre de un filósofo de fines de la Edad Media, hombre filósofo poco estudiado que merecería serlo más: me refiero a Suárez. Habría también que considerar con precisión —cosa que los historiadores no han hecho todavía— la importancia que la mística española ha tenido en el desenvolvimiento del pensamiento filosófico universal. La mística, principalmente la de Santa Teresa y la de San Juan de la Cruz, han producido conceptos que lindan con la filosofía y que tienen, sin duda alguna, importancia muy grande en el pensamiento moderno. Estoy convencido de que una investigación profunda en este problema nos llevaría, por lo menos, a que mucho de lo que el obispo Nicolás de Cusa desarrolló en la prédica de la Edad Moderna, muchas de esas ideas que constituyen la base sobre la cual más tarde había de florecer el idealismo científico de Descartes y de Leibniz tienen su origen en la influencia que Nicolás de Cusa sufrió de la mística española. Pero, en conjunto, puede decirse que la filosofía moderna es obra en la cual poco han contribuido los españoles.

A mediados del siglo XIX empezó a resurgir el pensamiento filosófico español. Dentro de un momento nos ocuparemos con más detención de este resurgimiento del pensamiento filosófico de España desde 1850. Por de pronto podemos citar algunos nombres. Desde 1850 hasta hoy, estos tres nombres: Balmes, don Julián Sanz del Río y don José Ortega y Gasset.

A pesar de todo, pese a los esfuerzos que hagamos para extraer de nuestra historia alguna aportación realmente considerable a la filosofía, hemos de convenir en que nuestro pretérito no ha sido pretérito de filósofos. Una vez que hemos convenido en ello es preciso preguntarnos: ¿por qué? Porque no puede ser una casualidad. Un país, una nación que, como la nuestra, ha dado de sí genios enormes, formidables, en la literatura, en la poesía, en la prosa, en el drama, en la historia, en la política, en la guerra, en las instituciones, en la pintura, en la escultura, ¿cómo es posible que no haya producido grandes filósofos? Tiene que haber alguna razón para ello; no puede ser una casualidad. En efecto, yo creo que hay razones poderosas que explican el por qué España hasta hoy no ha dado filósofos. Esas razones tienen su reverso y serán, dentro de un momento, las que nos expliquen por qué, probablemente, a partir de hoy España está llamada a dar grandes filósofos.

En primer lugar, hay razones superficiales, hay razones históricas. España ha estado durante toda la Edad Media ocupada intensamente en la tarea de defender a Europa; España ha sido el baluarte de Europa durante toda la Edad Media; España ha sido el dique de contención que ha impedido a la cultura y a las masas árabes desparramarse por Europa. Durante la Edad Media España es un país fronterizo, y, por consiguiente, un país que gasta, que consume muy buena parte de sus energías y derrama la mejor y más noble de su sangre para permitir que los otros europeos, en el centro de Europa, vayan tranquilamente a sus ocupaciones intelectuales. Cuando termina este esfuerzo que coincide con la unidad nacional, la toma de Granada y la fundación del reino español por los Reyes Católicos, cuando termina este esfuerzo de contención fronteriza, empieza para España otra tarea formidable, la de abrir y ofrecer a Europa un nuevo mundo. España no es solamente la que descubre, sino que hace posible a los demás europeos la venida acá. Sin los españoles, sin las obras, sin los esfuerzos, sin el sudor, sin el trabajo, sin la acción, sin la vida que los españoles han puesto en estos países, no hubieran podido luego, siglos más tarde, venir los otros europeos a vivir tranquilamente de lo que los españoles han dejado acá de sangre española.

Ese esfuerzo en que España se agota, en que España deja los mejores de sus hijos, hay que tenerlo también en cuenta para pensar que un país tan extraordinariamente ocupado no podía tener mucho tiempo para vacar a los menesteres de la investigación puramente especulativa.

Pero, al fin, estas razones, como históricas que son, podrían ser tachadas acaso de superficiales e insuficientes para explicar un hecho tan profundo como la falta de filosofía hasta ahora en España. Ahondando todavía más, yo

creo que podemos llegar a una explicación más profunda que la histórica, una explicación que toca la esencia misma del alma española.

Para decirlo brevemente, el alma española no es apta para el tipo de filosofía que hasta ahora ha venido haciéndose en Europa, y no es apta para ese tipo de filosofía porque el alma española adora otros ídolos que no la pura inteligencia. El alma española pone por encima de la contemplación teórica especulativa intelectual la acción; pone por encima de la teoría la vida; pone por encima de la especulación la moral, la ética, la nobleza de carácter. El español, en la tabla de valores que constituyen la esencia de su alma, ha puesto en los primeros lugares, no al sabio recluido en su laboratorio, no al matemático inclinado sobre la hoja de papel y haciendo sus figuras geométricas, no al filósofo meditando sobre la contextura del mundo y de las cosas, sino que ha puesto al hombre que lleva a cabo su propia vida con la pureza y la belleza de una parábola descrita por un proyectil. El español ha preferido siempre vivir a pensar, o mejor dicho, el español ha puesto al pensamiento al servicio de la vida, lejos de poner la vida al servicio del pensamiento.

Recuerdo esos dos tipos de grandes filósofos, el francés Descartes y el alemán Kant. El francés Descartes nació en una cuna rica, en una familia de ricos magistrados, jueces, parlamentarios, del centro de Francia, de la Turena. Envuelto desde niño en las comodidades de una holgura económica, desde niño dedicó íntegramente sus afanes al puro pensamiento, a la pura especulación. Cuando llegó a la edad del hombre recorrió en viaje de placer el centro de Europa para ver, como él dice, los varios humores y las varias culturas de las gentes. Recorrió en viaje de instrucción y de placer la Francia del norte, Bélgica, Alemania, Suiza, parte de Italia, y, cuando creyó haber aprendido en sus viajes por el mundo lo suficiente, se recluyó en un castillo en Bélgica, y allí, absolutamente ajeno al mundo, rota toda relación con el mundo, pasó la vida entera elucubrando su pensamiento, destilando sus ideas como la abeja destila la miel. Este hombre puede decirse que no ha vivido; este hombre puede decirse que ha puesto la vida al servicio de su pensamiento, que ha reducido el cauce de su vida al mínimo hilo necesario para poder seguir pensando con un cerebro monstruo.

¿Y Kant? Nació, vivió y murió en la ciudad de Königsberg; durante más de setenta años no salió de ella jamás; lo más lejos que fue de su casa natal en toda su vida fue a un pequeño castillo que está a dos leguas de Königsberg. Allí nació, allí vivió, allí murió. Todos los días salía de su casa a la misma hora, iba a la Universidad a dar clase a la misma hora, hasta el punto de que los comerciantes y las comadres de las calles por donde él pasaba no solían tener relojes, porque se preguntaban la hora y decían: deben ser las 11, porque el señor Kant acaba de pasar. Este hombre, en su curso, con sus libros, con sus discípulos, destiló también el sistema filosófico más maravilloso que se ha conocido en la filosofía moderna.

Este tipo de vida, completamente reducida a la especulación mental, es

algo que el español no puede concebir. Cuando el español siente una idea nueva, lo menos que se le ocurre es encastillarse, meterse dentro de sí mismo y darle una forma sistemática en un tomo de quinientas páginas, sino que lo que se le ocurre inmediatamente es fundar algo, fundar una orden religiosa, como Ignacio de Loyola, o fundar muchos conventos, como Santa Teresa. Los españoles intelectuales han tenido siempre almas de fundadores, porque de algún modo habían de convertir en vida esa idea. No pueden llevarla dentro de su pecho como mera idea. Mera idea es para el alma española algo inferior a la idea vivida, a la idea convertida en carne, hueso, vida, realidad. Por eso los españoles han tenido que vivir antes que pensar, y considerando siempre que el pensamiento no era nada si no era el instrumento de la vida y para la vida. Por eso, en una época como la moderna en donde la esencia del pensar filosófico consistía precisamente en lo contrario, en reducir toda realidad y toda vida al pensamiento, el alma española no podía participar en esa *manera de enfocar el problema filosófico*. Para el alma española la vida es más que el pensamiento, y, por consiguiente, en los siglos XVII, XVIII y XIX en que se desarrolló el idealismo, que es la reducción de la vida al pensamiento, el alma española tenía que estar ausente.

Sólo a mediados del siglo XIX empezaron a darse en el mundo las condiciones favorables para el desenvolvimiento de un pensamiento filosófico netamente español. Esas condiciones, que permitieron a los españoles empezar a preocuparse seriamente de la filosofía, son dos: una de carácter general y otra de carácter particular a España.

La condición de carácter general fue la decadencia en todo el mundo de la filosofía idealista, decadencia que remata en el imperio del positivismo. Hacia 1860 la decadencia filosófica en el mundo es notoria; el idealismo, el gran idealismo alemán de principios del siglo XIX —Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer— ha dado de sí todo lo que tenía que dar; la filosofía decae; la expresión de esa decadencia se encuentra en esa teoría filosófica del positivismo, que no es otra cosa sino la propia negación de la filosofía.

Hay, pues, un momento en que, terminada la ola idealista, llegada a un nivel bajísimo la filosofía, había de reanudarse el pensamiento filosófico, pero esta vez sobre otras bases, alentando en el pensamiento filosófico el afán de superar el estrecho punto de vista idealista, el afán de dar expresión a un nuevo modo de enfocar el problema, que tuviese en cuenta, fundamental y radicalmente, todo aquello que el idealismo había dejado fuera de sí: la vida y la realidad. Eso precisamente es lo que empieza a ser favorable para el pensamiento español.

Esta condición general se completa con otra particular a España misma y es que, por un fenómeno extraordinario que los historiadores futuros tendrán que explicar, se da a partir de 1850 en España este caso singular: una nación que comienza a reflexionar sobre sí. España, que había estado vertida hacia el exterior durante todos los siglos modernos; España, que había estado vertida

también hacia el exterior en la tarea de combatir a los musulmanes durante la Edad Media; España, que no había realizado esa función de autorreflexión, de concentrarse dentro de sí, como la habían realizado los alemanes en el siglo XVIII y los franceses en el siglo XVII; España, hacia 1850, empieza a preocuparse de sí misma, empieza a preguntarse: ¿qué soy yo, yo, España?; ¿cuál puede ser mi destino en el mundo? España, como diría ahora un psiquiatra moderno, había vivido una vida extrovertida, vertida al exterior, y de pronto, hacia 1850, España se introvierte, se sumerge en sí misma, da vuelta sobre sí y se toma a sí misma como problema. ¿Habéis visto un país como el nuestro que en los pocos años que están alrededor de 1900 haya producido tan enorme cantidad de reflexiones sobre sí mismo? Toda nuestra literatura llamada de 1898 —Unamuno, Ortega cuando joven, don Francisco Giner de los Ríos, Azcárate, Cajal—, todos han estado constantemente preocupados de lo que se llamaba el problema español. Ese es el síntoma más típico de que España reflexionaba sobre sí misma. Y entonces, al reflexionar sobre sí misma, ha tenido que advertir el pensamiento español que la índole propia, el modo de ser propio del español es anteponer la acción y la vida a la meditación. Entonces ha podido empezar a surgir una filosofía española, tan pronto como se ha preguntado el pensamiento reflexivo español: ¿en qué relaciones se halla la vida y el pensamiento?

No es de extrañar que precisamente hacia 1850 pueda colocarse el origen de la filosofía contemporánea en España. Son dos acontecimientos de importancia, dos nombres, dos obras de importancia, las que inician este movimiento filosófico en España: una, el pensamiento filosófico del catalán Jaime Balmes; otra, el esfuerzo extraordinario de Julián Sanz del Río, fundador en España de lo que se ha llamado el krausismo. Los dos, Balmes y Sanz del Río, buscan su inspiración fuera de España; tienen la sensación clara y certera de que para empezar a filosofar necesitan una base, que no puede ser otra que el caudal sistemático que la filosofía europea puede ofrecerles. Los dos tienden su punto de vista hacia la historia de la filosofía europea, buscando un punto en donde hacer pie y, asentándose sobre él, levantar el edificio de sus propias doctrinas.

Balmes se inspira en la filosofía escocesa, que era la que más facilidades podía ofrecer al pensador católico para renovar, para dar frescura, para dar nueva vida al pensamiento católico español, que venía enquistado en las formas caducas y viejas del escolasticismo. Balmes tuvo en España una influencia formidable; de él parten todas las direcciones del pensamiento filosófico católico en la España moderna, actual. La influencia de Balmes fue primero en Barcelona y en Cataluña de orden primario; allí tuvo la filosofía de Balmes una difusión extraordinaria, no sólo en el mundo católico, sino también entre los que se apartaban más o menos de la ortodoxia católica. Un maestro de filosofía hubo en Barcelona que fue maestro de don Marcelino Menéndez y Pelayo y también de don Francisco Giner de los Ríos, que estudió poco

tiempo, pero algún tiempo, en la Universidad catalana. Un maestro catalán que se llamaba Llorens, cuyas lecciones de filosofía acaban de ser exhumadas y publicadas por la Universidad de Barcelona, tuvo en el desenvolvimiento de estos dos grandes espíritus españoles, don Francisco Giner y don Marcelino Menéndez y Pelayo, una influencia decisiva, y la tuvo combinando la filosofía escocesa de Douglas Stewart con los datos fundamentales de la filosofía de Balmes.

El hilo que parte de Balmes y que llega hasta nuestros días no hace más que irse robusteciendo con pensadores de verdadera importancia. Después del gran metafísico Ortí y Lara, que hacia 1870 representaba la hostilidad católica frente al krausismo, encontramos en la España actual nombres de filósofos católicos extraordinarios, importantes e interesantes. Tenemos en primer término al padre agustino Arnáiz, fallecido hace pocos años, cuyas lecciones de filosofía han introducido novedades muy importantes en la enseñanza escolástica de la filosofía. Más importante todavía que el padre Arnáiz es la labor del profesor de seminario de Santiago Amor Ruibal. Dejo para el último, pero no el menos valioso, sino todo lo contrario, al sacerdote D. Juan Zaragüeta, autor de *Teoría psicogenética de la voluntad* y de *La filosofía del cardenal Mercier*. Don Juan Zaragüeta, que actualmente comparte con el que os habla una de las enseñanzas filosóficas en la Facultad de Filosofía y Letras, estudió filosofía en Lovaina. Es un hombre de cultura extraordinaria, posee perfectamente el alemán y el francés, conoce muy bien la filosofía alemana y francesa, y ha sabido dar una renovación profunda a las tesis inquebrantables del catolicismo y de la filosofía católica. Don Juan Zaragüeta puede contarse hoy como una de las figuras más interesantes de la filosofía española.

Pero realmente, lo que pudiéramos encontrar de más original, de más fecundo en el pensamiento filosófico español moderno, es la línea de esfuerzos y de pensadores que arranca de don Julián Sanz del Río. Don Julián Sanz del Río era un hombre extraordinario. Recio castellano de la provincia de Soria, aldeano templado en la meseta dura, tenaz, profundo de inteligencia y al mismo tiempo de una sensibilidad moral exquisita, don Julián Sanz del Río, nacido en humildísima cuna rural, merced a la protección de un tío suyo que era canónigo, pudo estudiar y por su propio esfuerzo elevarse muy joven a la cátedra de historia de la filosofía en la Universidad de Madrid. Un ministro de Fomento clarividente, el señor Gómez de la Serna, le concedió al joven profesor de historia de filosofía en la Universidad de Madrid una pensión para estudiar filosofía en Francia y en Alemania. Y este recio castellano imbuido de una profundidad de pensamiento extraordinaria y, sobre todo, de una reciedumbre moral, de una caballeridad moral que constituía el núcleo de su conducta, transpone los Pirineos y va primero a París a buscar orientación filosófica. Entra en contacto con el gran pontífice de la filosofía, que lo era Víctor Cousin. Defraudó las esperanzas de don Julián, no pudo satisfa-

cerle aquella filosofía ecléctica, superficial, elegante, toda hecha de claridades superpuestas, pero en el fondo de una amalgama oscura y confusa, que enseñaba Víctor Cousin. Muy pronto abandonó Francia y se trasladó a Alemania, y al cabo de una breve orientación adscribió sus esfuerzos a la enseñanza de un profesor de filosofía que actuaba entonces en Leipzig, que se llamaba Carlos Cristián Krause.

En la filosofía de Krause encontró don Julián Sanz del Río la respuesta más gemela a su índole, a su ser, y se abrazó a esa filosofía como el creyente se abraza a una nueva fe; la aprendió como el neófito aprende la doctrina en que está iniciándose, la aprendió no sólo con su inteligencia sino con su alma, con su corazón; la hizo suya no solamente para poblar con ella sus conceptos, sino para llenar con ella las fibras últimas de su voluntad. Una vez que se adueñó de este pensamiento de Krause, de este sistema de Krause, volvió a España y desde su cátedra enseñó a sus discípulos la filosofía de Krause. A partir de ese momento empezó a existir en España lo que se ha llamado el krausismo.

La filosofía de Krause tenía dos aspectos que podían interesar enormemente al espíritu español que empezaba a apetecer filosofía. Esos dos aspectos eran, en primer lugar, un carácter sistemático, excéntrico, cerrado, como el de una doctrina religiosa en la que hubiese que iniciarse lentamente, a fuerza de estudio y de trabajo. Era difícil de entender el krausismo; no lo era solamente porque Krause en alemán era un autor difícil, sino porque además don Julián Sanz del Río, con esa nobleza ingenua del recio castellano, no creía que fuese conveniente y necesario hacer de la filosofía algo fácil. Al contrario, hace una filosofía abrupta, escribe una páginas tan llenas de dificultades de expresión y de pensamiento que aun hoy, cuando las leemos, entra pavor ante la idea de sumergirse en ese mar de expresiones abstrusas, retorcidas, difíciles de aprender, que producen casi dolor de cabeza. Don Julián Sanz del Río creyó que debía ser así, que no debía ser de otro modo, porque la filosofía, siendo el último secreto, el último arcano de todas las cosas, tenía que ofrecer un duro y espinoso camino a quien se adentrara en ella.

Los krausistas heredaron de don Julián ese estilo abrupto, difícil, incomprendible, que con justa razón don Juan Valera y don Marcelino Menéndez y Pelayo les reprochaban, les censuraban y a veces les ridiculizaban.

Otro aspecto de la filosofía de Krause que había de encender el alma de los apasionados jóvenes estudiosos de entonces era su carácter moral, su carácter ético, su carácter de filosofía para la vida. Precisamente con esto tocaba el krausismo a uno de los puntos más sensibles del alma española. El krausismo pretendía ser, no una especulación que nos descubriese los arcanos intelectuales del mundo, sino una doctrina para ser vivida, una doctrina para enderezar la vida de los hombres por los cauces de la humanidad, del progreso y de la fraternidad humana. El krausismo se ofrecía como una doc-

trina de acción que, al llenar la vida de un hombre, amuebla su intelecto y estimula su corazón y da una pauta a su vida rígida, moral, completa y activa. Por eso los discípulos de don Julián hubieron de abrazarse a este aspecto de la filosofía krausista y fue quizá el que tuvo más importancia en la vida española.

La generación de aquellos hombres discípulos de don Julián Sanz del Río que se llamaron Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Adolfo Posada, Nicolás Salmerón, ha representado en España la vida absolutamente dedicada al deber moral, la vida más noble, más pura, la vida que impresiona y emociona por la cantidad de dedicación, de abnegación, de consagración dolorosa al deber. Ahí tenéis a don Nicolás Salmerón, siendo presidente de la República, abandonar el poder por negarse a firmar la sentencia de muerte que era contraria a su honda convicción krausista.

Aquellos hombres enseñaron a sus hijos, a nosotros, cómo se es caballero del ideal y del espíritu. Ese aspecto moral, ese aspecto vital de la filosofía de Krause ha sido uno de los más profundamente influyentes en la vida española.

Ahora quisiera poner un poco de claridad en lo que me resta que decir para que se vea bien en qué ha consistido la evolución del pensamiento español a partir de los krausistas. Esa evolución pasó por tres etapas: la primera, la de los krausistas; la segunda, la de don Francisco Giner solo, y la tercera, la de Ortega y Gasset.

La concepción que los krausistas tenían de la filosofía era la de que la filosofía era una doctrina para ser vivida, una doctrina que nos daba la pauta, la norma, de lo que el hombre debe ser en el mundo. El filósofo, pues, tiene que llevar una vida filosófica, o sea una vida rigidamente de acuerdo con las normas morales establecidas doctrinalmente en el sistema filosófico. Puede decirse que esta primera etapa de la filosofía española es una etapa en que la filosofía se presenta como un sistema de normas morales a las cuales la vida tiene que ajustarse. La filosofía es, pues, para la vida.

Sin abandonar lo más mínimo este punto de vista, don Francisco Giner de los Ríos le imprimió un carácter nuevo, especial. Don Francisco Giner de los Ríos seguía pensando, como todos los krausistas, que la filosofía es la norma de vida, que la vida tiene que ser una vida filosófica, pero don Francisco entiende por vida filosófica, no sólo la vida moralmente plausible, moralmente respetable, sino la vida dedicada a los menesteres intelectuales. La vida hay que orientarla precisamente hacia el menester intelectual. Esta novedad que introduce dentro del krausismo don Francisco Giner es de una importancia colosal, porque desvía la acción pública de los krausistas, que se había desenvuelto hasta entonces en el terreno de la vida política —no olvidemos que Salmerón fue presidente de la República—, la desvía en el sentido de la enseñanza, de la cultura universitaria, de la pedagogía universitaria. Precisamente porque don Francisco Giner cree que la vida filosófica no es sola-

mente la vida recta, moral, honrada, conforme a principios, sino además la que dedica sus afanes a la investigación científica, por eso añade al sistema moral de los krausistas esta dedicación pedagógica, este apostolado pedagógico. Dedicó su vida don Francisco Giner a ser él personalmente un buen científico y, sobre todo, a fomentar en torno suyo las vocaciones científicas y pedagógicas. En esto coincide con un hombre que en España surge, que no tiene antecedente filosófico ninguno, ni científico, que es un autodidacta, que es don Santiago Ramón y Cajal, cuya muerte en estos días lloramos todos los españoles. También don Santiago Ramón y Cajal dedicó su vida a la investigación científica, pero don Santiago sin filosofía ninguna, simplemente en la dedicación del especialista a una especialidad.

La amplitud del alma de don Francisco Giner era tan grande que saltaba por encima de todo sistema, y cualquier esfuerzo intelectual, de cualquier índole que fuese, encontraba en él inmediatamente fomento, apoyo, aplauso, sostén. Por eso don Francisco Giner fue el vivero y el animador de todas las vocaciones científicas y filosóficas de la España contemporánea. Todos los que hemos traspuesto *«il mezzo del cammin di nostra vita...»*, todos le debemos lo que somos, poco o mucho, a don Francisco Giner, que como un cultor, como un apóstol supo sostenernos en los momentos de desfallecimiento, alentarnos con su palabra, con su amor, con su cariño, con el alma más grande que ha tenido hombre alguno, en la cual cabían todos los españoles y aún sobraba.

Pero don Francisco Giner no pudo hacer escuela, porque no tenía un sistema. Él no tenía sistema porque había puesto el pensamiento filosófico al servicio de la vida intelectual, y cualquier manifestación intelectual, fuese la que fuese, era recibida por él con todo respeto. Era, pues, don Francisco lo más contrario que cabe a un dogmático. Como no tenía sistema no pudo formar escuela, porque para formarla hay que tener sistema.

Llegamos al tercer momento en la evolución que voy indicando. Es el momento de Ortega y Gasset.

Ortega y Gasset también hizo su viaje a Alemania, también fue allá en busca de la orientación filosófica que necesitaba. Pero ya fue advertido. La infecundidad en que el krausismo hubo de perderse tenía por causa ésta: que Krause, falto completamente de sentido histórico, fue a abrazarse no a la filosofía que entonces representaba el centro, el cauce central del pensamiento del mundo, sino a la filosofía más afín a su propia personalidad. Resultó ser esa filosofía más afín a la personalidad de Krause una filosofía periférica, una filosofía —como llamaban en la Edad Media a los escritos pontificios que no estaban codificados— «extravagante», vagante fuera, una filosofía que no estaba en la gran línea de los filósofos, en la gran línea de Descartes, Leibniz, Wolf, Fichte, Hegel. Representaba una excentricidad filosófica, un sistema que tenía mucho de manía personal, mucho de capricho personal, mucho de filosofía forjada por un alma atenta tan sólo a lo que en ella misma acontecía

y no atenta a la posición que vinieran teniendo en la historia los grandes problemas del pensamiento humano. Ese fue el error de don Julián Sanz del Río y por eso nos trajo a España una filosofía que tenía más de doctrina sectaria que no una filosofía que siguiera la línea general, profunda, de los sistemas europeos.

Advertido de este error cometido por don Julián Sanz del Río, fue a Alemania Ortega y Gasset con un espíritu objetivo, no en busca de una filosofía que se acomodase a su íntimo y personal gusto, sino en busca de la perenne filosofía que se unía y se enlazaba con la tradición más sólida y más pura europea. Naturalmente, como quiera que iba allá con la idea de rectificar ese error de don Julián Sanz del Río, hubo de caer en lo que entonces se llamaba —de 1909 a 1910— el neo-kantismo, que representaba lo más sólido de la tradición filosófica europea. El neo-kantismo es la renovación de la filosofía de Kant por la escuela de Marburgo. Fue discípulo de los maestros Cohen y Natorp. Aprendió allí a sumergirse en los grandes filósofos del pasado, aprendió detenidamente a Platón y a Kant. Porque, y sirva esto de consejo para los jóvenes que quieren hacer filosofía, si se lee únicamente los últimos libros, por brillantes que sean, no se es filósofo; para ser filósofo es menester hacer una larga estancia de meses —me atrevo a decir años—, en el estudio minucioso, línea por línea, de alguno de los grandes gigantes del pensamiento humano; para ser filósofo, pásese uno o dos años con Aristóteles, con Platón, o con Descartes, o con Kant. Pero si no es así, eso no podrá ser jamás. Es lo que hizo Ortega. De esa manera templó su instrumento filosófico, de ese modo robusteció sus músculos formales filosóficos y se preparó para superar esa misma filosofía en que se vino educando desde su ingreso en Alemania.

Así, una vez sólidamente establecido en la corriente central del pensamiento europeo, ya no había miedo de que, al regresar a España y comenzar su labor de enseñanza y propagación filosófica, Ortega y Gasset nos trajera a España alguna doctrina rara, excéntrica y abstrusa como la de Krause, sino el sólido contacto en la gran corriente universal del pensamiento mundial.

Esa corriente universal del pensamiento mundial proveía al filósofo que ingresaba en ella de los medios necesarios para replantear el problema filosófico con sentido completamente distinto. Y he aquí la hazaña de Ortega y Gasset. Por vez primera se dota a España de una filosofía, que no podía ser otra mas que la que es. Es el tercer momento de ese movimiento que se inicia con Krause, con don Julián Sanz del Río. El primer momento era poner la filosofía como norma ética a la cual ha de ajustarse la vida. El segundo momento es concebir la vida como ajustándose a las normas éticas de la filosofía, pero orientada hacia la labor intelectual. Este es el momento de don Francisco Giner. El tercer momento consiste en tomar la vida como objeto de especulación de la filosofía, en hacer la filosofía de la vida. Esto es lo que hace Ortega y Gasset desde el primer momento en que empieza a escribir en castellano.

Se ha dicho muchas veces que la filosofía de la vida la debe Ortega y Gasset a influencias exteriores a él mismo. Esto es falso. Cualquiera que lea los primeros trabajos de Ortega y Gasset, *las Meditaciones del Quijote*, que son de 1914, encontrará, con tal que sepa leer, ver y entender lo que se dice, la idea de que la razón no es lo único, sino al contrario, una facultad de tipo y grado vital que tiene que ponerse al servicio de la vida; y, por consiguiente, encontrará ahí los primeros fundamentos de esta filosofía de la vida que yo me he esforzado en desenvolver en las lecciones dadas en la Universidad, que supera el realismo y el idealismo, como doctrinas abstractas, y hace que tanto el yo como las cosas, ambos a la vez, estén en el ámbito superior y más profundo de la vida, surgiendo el pensamiento como una necesidad vital. De esta manera se entronca la posición del problema filosófico de Ortega y Gasset con la esencia eterna del alma española que, como hemos visto, fue precisamente eso, el no poder seguir al idealismo de los siglos xvii, xviii y xix, porque el español, en el fondo de su alma, no consideraba que el pensamiento fuese el foco al cual todo hubiese de reducirse, sino, por el contrario, que el pensamiento, la razón vital, había de ser el instrumento para vivir, para hacer cada cual su vida. Por esto la sistematización filosófica provista de este aliento del alma española es la obra fundamental que en todos sus sucesivos trabajos ha desenvuelto Ortega y Gasset. Y al cabo, cuando haya terminado o cuando por terrible tragedia desgraciadamente la muerte lo arrebatase, habrá dejado Ortega y Gasset, por primera vez en la historia de España, la figura de un gran filósofo.

Claro está, Ortega tiene un sistema, y como tiene un sistema puede tener discípulos. Y esto es lo que me hace ser optimista en cuanto al porvenir de la filosofía en España. Don Francisco Giner no tenía sistema, no pudo tener discípulos; Ortega tiene sistema y puede tener discípulos, no porque el tenerlos consista en modo alguno en tomarlos de las orejas y meterlos en el sistema ahogando su originalidad, su personalidad, sino porque un sistema es la base sobre la cual tiene que poner las plantas todo discípulo para superarlo. Donde no hay sistema existe la desorientación, el no saber qué hacer, a dónde dirigirse. El sistema es absolutamente necesario, aunque no sea más que para eso: para ofrecer a los discípulos una plataforma en que apoyarse y sobre la cual cada uno haga luego las superaciones que pueda y que estime necesarias y convenientes.

Ortega y Gasset sí puede tener discípulos. Puedo citar algunos. No me refiero a mí, que, como tengo aproximadamente la misma edad, hemos vivido trabajando muy juntos. En realidad los discípulos son de uno y de otro. Por eso me alegra el no tener que hablar de mí. Es discípulo de Ortega el sacerdote Javier Zubiri, que ha escrito un libro, *Teoría fenomenológica del juicio*; el profesor de Introducción a la Filosofía en la Universidad de Madrid, don José Gaos, que ha reconstruido todo lo que se ha escrito sobre la crítica del psicologismo. También de Barcelona. Aquella línea de Balmes, por Llorens. lle-

ga a formar una pequeña escuela en Barcelona. Vinieron a Madrid algunos y fueron discípulos nuestros, por ejemplo, Carreras Artau, que ha publicado un libro muy bueno sobre la filosofía de Stewart, y el profesor Xirau, que ha escrito un libro muy estimable, que se llama *El sentido de la verdad*.

Podemos decir que existe en España una auténtica filosofía, con un sistema, con unos problemas perfectamente definidos, alimentándose con todo el fluir y toda la corriente de la filosofía universal, basada en ésta, pero sobre ella planteando nuevas exigencias con nuevos métodos, para seguir adelante. Esta escuela filosófica en torno a don José Ortega y Gasset, estos nombres que he citado como principales, el comprobar que por primera vez nos hallamos en presencia de un verdadero sistema que ofrece base y plataforma para ulteriores desenvolvimientos, es por lo que yo creo que ha llegado el momento de tener esperanzas de que exista pronto en España, no sólo la gran figura de don José Ortega y Gasset, sino otras figuras que vayan desenvolviéndose en una aportación considerable de España en la filosofía universal. Podrá hacerlo tanto mejor el espíritu español cuanto que las circunstancias ideológicas del mundo y de España han llegado a ponerlo en el trance de considerar como universales sus propios problemas particulares.

Por ahora esta filosofía de la vida está perfectamente encuadrada dentro de lo que son las propensiones y los alientos del alma española. En este sentido tengo un gran optimismo, como en general tengo un gran optimismo acerca de España. Las anécdotas más o menos estruendosas de disparos, de tiros y de sublevación no son más que anécdotas superficiales, no son más que pequeños pliegues en el agua, que algunas veces está mansa y otras se encrespa. La realidad es que el nivel de las aguas depositadas desde 1900 hasta nuestros días ha subido incalculablemente en todos los órdenes, ha ascendido, en un país que está en pleno ascenso, en pleno esfuerzo de ponerse en pie y de agigantarse; en un país semejante esos fenómenos no deben interpretarse como fenómenos de decadencia, sino como fenómenos típicos que acompañan siempre a los esfuerzos que hacen los pueblos por engrandecerse. Estoy seguro, queridos compatriotas, que España va para arriba y va a engrandecerse. ¡Viva España!